



ALVARO CEPEDA SAMUDIO

Un chofer alucinado

Muerto hace 30 años, fue un innovador de la narrativa colombiana y miembro del grupo de Barranquilla, al que también perteneció García Márquez.

FOTO: PABLO CARRERA

Por sí fueron pocos García Márquez, Álvaro Muñoz y, más recientemente, Fernando Valdega, basta divergentes apenas en la forma —y fern— espesura de la narrativa colombiana para seguir hallando escritores de talento. Desgraciadamente, algunos ya están muertos y sólo podemos saber de ellos por tercera persona. Sus obras, cuando llegan por estos lados, lo hacen tarde, mal y nunca, y casi siempre por azar. En el caso de Álvaro Cepeda Samudio (Barranquilla, 1926-Nueva York, 1972), autor de escasos libros y muchos amigos, igual de notables tanto como como a los.

En *Vivir para contarla*, Gabriel García Márquez lo retrata de casi por entero, ya que no parecen, a treinta años de su muerte:

"Álvaro Cepeda Samudio, en cambio, era aquel que tenía un chofer alucinado —tanto de automóviles como de los autos— cuando la de los buques cuando bien tenía la voluntad de sentarse a escribir, en un momento de crisis, y sin duda el más culto y promotor de la cultura en el país. Pertenecía a la élite de la cultura y a una hermosa cabeza de bucos negros y alborotados, y sus ojos de loco que no ocultaban su carácter fácil. Su cultura intelectual era una mezcla de lo más moderno y lo más antiguo, y sus ideas eran un puro magma y casi siempre apasionado. Había leído a los clásicos y a las primeras lecciones de periodismo, y publicado sus primeros cuentos".

Admirador de Saroyán

Hacia 1950, Cepeda y García Márquez, junto al pintor Alejandro Obregón y otros escritores periodistas, formaban parte de lo que alquilaron bautizaron como el grupo de Barranquilla: club de bohemios imperitantes, cuyo miembro era el veterano dramaturgo y literato Ramón Vinyes, un exiliado catalán de cultura evolucionista. Las conversaciones literarias en bares, reuniones y préstamos barranquillanos eran dignos reflejos de las que Joyce describe en el *Ulises* y casi contemporáneas de las que fue inmensamente en la novela y relatos de Pío Baroja. En (Argentina), Santa Fe (Argentina)... Qué devoción le ha tenido siempre a la intelectualidad de Provenza lo de la capital subterránea, que viene a ser lo mismo: autonomía, autonomía muchas veces a alta en el descubrimiento de autores extranjeros y en la asimilación de



PERIODISTA Y ESCRITOR.— Gobernador de varias ciudades, ejerció en la Universidad de Colombia y llegó a ser director de *El Nuevo Sur* y *El Día del Caribe*.

procedimientos vanguardistas.

Todos estábamos a la espera (1954), el primer libro de cuentos publicado por Álvaro Cepeda es un homenaje, ya desde sus epígrafos, a William Saroyán. El escritor había tomado contacto con su obra durante los años que estudió periodismo en la Universidad de Colombia, tal como evidencia «Un cuento para Saroyán», donde un joven alumno se gana el dinero destinado a sus gastos de clases, en un libro de cuentos del autor armenio-estadounidense; pero desgracia de sus arrebatos, de su ética y de su propio estigma.

Una prosa juguetona, impresionista, que nadie dudaría en calificar de «jazzística» domina las historias. En varias se ejerce un elenco de personajes —línea y audaces típicamente americanas— acaudados en la barra a la espera de algo o alguien que no llega. Tal vez el forjador de Eugene O'Neill o el Ciudad de Samuel Beckett. Pero la angustia de la espera, como el whisky puede bajarle con sol, y en precisamente lo que hace Álvaro Cepeda, incorporando letras de fieras que transforman la de-

solución en alucinación.

Tras su aparición, García Márquez escribió en «El Espectador» que *Todos estábamos a la espera* era «el mejor libro de cuentos que se ha publicado en Colombia». Imposible saberlo desde acá. No siempre perfecto desde un punto de vista técnico, los cuentos de Cepeda transmiten, en cambio, una calidad humana que se erige de momento en más allá.

Mención aparte merecen los diálogos. Releídos como «Almas a mi» a los lectores revelan el lado cómico de algunos que sabe de fluidez dramática, aprendida en largos sesiones de cine teatral y en la redacción de guiones para cortometrajes como «La langosta

anala», que están junto a sus amigos barranquillanos. Del séptimo arte, el autor parece haber tomado además ciertos recursos equivalentes al *flash-back* y los juegos de planos vivos y muertos. Incorporados al lenguaje interior, dan por resultado una escritura fugaz, vertiginosa y atractiva. De alto riesgo, sin duda.

En su libro siguiente, *La casa grande* (1967), Cepeda lleva al límite esas proximidades de montaje. La novela se basa en hechos reales: la historia de los huelguistas del bano perpetrada en 1928 por el ejército colombiano, a instigación de la United Fruit Company (la sinistra «Mama Juan», dirigida por el embaixador Carlos C. Ruiz). Aquel trágico episodio de la historia colombiana, nunca olvidado del todo, fue recogido más tarde por García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera* (1987), adaptándolo a fines ideológicos. Para mí, también, la obra es oscura, pero en la novela de Cepeda esta oscuridad no tiene la menor importancia. No se trata de un relato histórico. Aunque situada en un pueblo real —«Ciénaga»—, la acción gira en torno a un núcleo reducido de personajes: de un lado, dos soldados que participan en las luchas sin ninguna convicción, guiados por la obediencia ciega. Del otro, una poderosa familia de la zona, encabezada por una tía grande (Cualquier semejanza con la de nuestro Luis Ortega Lora es una coincidencia digna de analizar).

Huelga y Freud gravitan en la novela. Dicho esquemáticamente,

Una prosa juguetona, impresionista, que nadie dudaría en calificar de «jazzística» domina las historias de su primer libro, «Todos estábamos a la espera» (1954).

según entre la forma y dato el contenido. La figura onírica del Padre (sin nombre propio y con mayúscula) es el centro de las historias. Dentro a su familia como de hierro y reprime sus deseos con la misma intensidad que muestra en la represión de los huelguistas. Finalmente, (cuenta el libro), descubren en venganzas. Uno de sus hijos se alía contra su autoridad y se alía con los rebeldes. Otra de sus hijas, en cambio, se impone el deber de perpetuar la autoridad patriléica («El nombre del Padre»).

"Miro todo esto y pienso en la otra cosa más grande, más desolada y más muerta, pero organizada sobre el odio, fortificada por el odio", observa el Hermano rebelde, uno de los más típicos narradores de la novela.

El final se puede interpretar alegóricamente como un estremecedor diagnóstico de Colombia, que anticipa sus graves momentos.

El penúltimo se refiere a todos los del último libro publicado por Álvaro Cepeda: *Los cuentos de Juan* (1972). El primero es una disparatada entrevista a su amigo Alejandro Obregón, que funciona a manera de prólogo, invitando sobre la crítica y las relaciones entre plástica y literatura. Su título es una cita de Blake: «The wind is the sound of the window» («El viento es el sonido de la ventana»). El segundo es una crítica al cine de la ciudad («El cine de la ciudad»). Mauricio Macías utilizó esta novela como epígrafe de *Barroco*, en 1973.

Vitalidad de un rebelde

"Lágrimas caradas del amor que se hace hoy y que se ha hecho en toda la historia", afirma Cepeda en la introducción. Esta rebelión se traduce en los cuentos que integran el volumen. Lo experimental como esta vez por el nombre de la fantasía, en torno a Juan, personaje singular que entra a escena en un relato dialógico de misterioso simbolismo, donde las cosas quedan apenas sugeridas: «Las mujeres que hacen Juan no tienen ojos: truenos, nubes, un espacio excluido y reprimido».

Hieráticas o desoladas, algunas a medio camino entre el microcosmos y la greguería, las historias transcurren en parajes de la costa Atlántica.

—Sabana, Ciénaga, Barranquilla— colonizadas por el realismo mágico, al que Cepeda sigue el juego para darle, tarde o temprano, un giro cruel o absurdo, a veces brutal. El lenguaje cinematográfico vuelve en ellos como «El abogado» y «Barranquilla en dominó», guiones no filmados de un narrador insano a quien la literatura no le bastó para decirlo todo.

Alfonso Ruescas, otro barranquillano que compartió sus juegos y luchas, escribió alguna vez: «Álvaro hay que situarlo más a la izquierda que a la derecha» (...). La contradicción era en él, muy probablemente, una manifestación de su vitalidad.

Un chofer alucinado [artículo] Pedro Pablo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un chofer alucinado [artículo] Pedro Pablo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile